

Interculturalidad. Un desafío

*María Heise, Fidel Tubino y Wilfredo Ardito**

La dimensión cultural de la vida humana

Muchas personas creen que una cultura es el conjunto de las manifestaciones externas que produce un pueblo, como lo son la música y la artesanía. Sin embargo, el concepto de cultura alude a una realidad mucho más profunda.

Una cultura es un conjunto de formas y modos adquiridos de concebir el mundo, de pensar, de hablar, de expresarse, percibir, comportarse, organizarse socialmente, comunicarse, sentir y valorarse a uno mismo en cuanto individuo y en cuanto a grupo. Es intrínseco a las culturas el encontrarse en un constante proceso de cambio.

1. En una cultura encontramos un conjunto de formas y modos de pensar que están intrínsecamente vinculados a una lengua, porque el lenguaje no es solamente un instrumento de comunicación sino, sobretudo, la expresión de una manera de concebir el mundo. Todo lenguaje lleva en sí un “esquema de pensamiento”.

Benjamin Lee Whorf sostiene que hay una diferencia fundamental entre las lenguas habladas en el ámbito de las culturas europeas y las habladas en otros entornos culturales, como por ejemplo las lenguas amerindias. Esta diferencia se expresa no sólo en las gramáticas y las sintaxis, sino en conceptos básicos como el del tiempo y del espacio. En el idioma Asháninka, por ejemplo, no se mide el tiempo con las categorías “presente, pasado, futuro”, sino con los conceptos de “acción empezada” y “acción no empezada”.

Pensamiento y lenguaje están tan estrictamente unidos que una estructura en la morfología, como en cualquier otro nivel lingüístico, refleja al mismo tiempo una determinada estructura de pensamiento.

Las diferencias que se pueden observar entre los distintos sistemas lingüísticos manifiestan que cada lengua se ordena de acuerdo a un determinado conjunto de leyes detrás de las cuales hay una propia visión del mundo:

* En: Heise, M., Tubino, F. Y Ardito, W. *Interculturalidad, un desafío*, CAAP, Lima, 1994, 2da. edición, pp. 7-22.

“Por cierto (una lengua) transmite información, pero también sirve para establecer relaciones humanas, para expresar el pensamiento, para el juego de las actividades mentales y creadoras, etc. Pienso que no hay razón para privilegiar uno u otro de estos modos. Pero si tuviera que elegir, reiteraría algo muy clásico: el lenguaje sirve para expresar el pensamiento”. (Chomsky, Noah, Cit. en Ronat, M. 1981:133)

Así pues se puede observar, por un lado, que no se puede hacer escalas valorativas entre las lenguas, porque cada una de ellas representa un tipo de pensamiento. Por otro lado, que dejar que se pierda la lengua de una comunidad no sólo implicaría la desaparición de la lengua sino, como bien lo ha señalado Chomsky, de una manera de establecer relaciones humanas, de una manera propia de concebir la realidad, en suma, de una forma propia de pensar.

2. Encontramos también formas o modos de percibir sensorialmente el mundo. Es conocido el hecho de que los nativos amazónicos escuchan, observan y sienten dentro de un bosque mucho más de lo que percibe un hombre occidental. La percepción sensorial de colores o sonidos está determinada selectivamente por la forma como una cultura percibe su propio medio ambiente.

De esta manera, mientras los nativos poseen muchas palabras para distinguir diferentes tonalidades de verde, colores como celeste, azul, plomo y negro se expresan en muchos idiomas con el mismo vocablo. Además, el mundo de lo visible es más amplio de lo que nosotros consideramos. Así, entre muchos nativos de la Amazonía, las enfermedades suelen producirse como resultado del encuentro con espíritus malignos que ellos ven. Para los Shipibo, los dibujos de los tejidos y cerámicas representan la visualización del dibujo interior que tienen las personas.

3. La cultura está presente también en un conjunto de formas o modos particulares de expresar la vivencia del mundo y de la vida. Con esto queremos señalar la diversidad de estilos de expresión de lo vivido individual y colectivamente, que se plasma en obras concretas y sensibles, desde la cerámica hasta el teatro y desde la danza hasta la música.

4. Asimismo en toda cultura hallamos formas o modos de comportamiento, desde la manera de saludarse y despedirse, es decir la gesticulación cotidiana y los hábitos sociales, hasta los rituales extraordinarios. Las actividades y sus consecuentes comportamientos que podemos observar al interior de un grupo social llevan implícitos los códigos normativos o valorativos con los que sus miembros regulan sus relaciones.

Estos valores constituyen el marco referencial a partir del cual se forman los juicios axiológicos y la distinción que el grupo realiza entre lo socialmente aprobado, permitido o prohibido.

Cabe añadir que las normas morales que están detrás de la conducta de las personas suelen estar como telón de fondo de las normas jurídicas. Sin embargo, esto no quiere decir que absolutamente todas las normas jurídicas se originen en la moral social.

5. Aparece también un conjunto de formas y modos de comunicarse, pero en el acto comunicativo no se transmiten solamente mensajes entre un sujeto *emisor* y un sujeto *receptor*, sino que el modo como el mensaje se expresa –entonación, énfasis, pausas, gesticulaciones- manifiesta la actitud del sujeto emisor hacia el contenido del mensaje, hacia la persona receptora y hacia sí mismo. A este modo se le conoce como fuerza ilocutiva.

Los modos en que se expresa esta *fuerza ilocutiva* varían de cultura a cultura y estas diversidades dificultan con frecuencia la comunicación entre personas de culturas diferentes. Por ejemplo, en algunas culturas tradicionales hombres y mujeres no pueden hablar entre sí a no ser que sean hermanos o esposos. Si lo hacen, cualquiera que sea el contenido o la intención, se asume que existe o se busca una relación sexual.

6. Se trata de formas y modos de sentir. No sólo la manifestación de los afectos posee rasgos culturales propios sino que puede ser muy variada la manera en que el individuo se conecta con sus propios sentimientos y con los de los demás.

7. Finalmente, el núcleo de una cultura está constituido por la forma y el grado de *autoestima* grupal. La autoestima está estrechamente relacionada con la autoimagen o auto-representación que el grupo tiene de sí mismo.

Dicha auto-imagen, no necesariamente explicitada, posee un origen: se configura desde los acontecimientos pasados que han dejado una huella en el presente. Estos pueden ser sucesos traumáticos o de honda gratificación colectiva.

Otro elemento importante para la formación de la autoimagen de un grupo es la manera como siente que es percibido, valorado o menospreciado, reconocido o desconocido, por otros grupos culturales con los que está en relación.

Ambos elementos (la historia propia y la percepción del otro) configuran una autoimagen que está a la base de un sentimiento colectivo, sea de superioridad, de inferioridad o de igualdad en relación a las otras culturas.

Identidad cultural y cambio

Se dice que la identidad cultural es lo propio de una cultura, pero, ¿qué es verdaderamente lo propio?

Muchos antropólogos y estudiosos de las culturas tradicionales coinciden en considerar que “lo propio” de una cultura es el conjunto de sus rasgos diferenciadores en relación al resto.

Sin embargo, nosotros pensamos que lo propio no se agota en lo exclusivo. Lo propio, la identidad de un pueblo, está formado por una diversidad de formas y concepciones que vienen de dentro y fuera del grupo. La identidad tiene, en verdad, una conformación heterogénea. Los elementos y aspectos más íntimos de una cultura pueden tener diversos orígenes. Lo importante es que formen parte de la vida cotidiana de un pueblo sin disminuir su auto-estima.

Este carácter heterogéneo de lo propio de un pueblo es fruto del constante proceso de transformación, cambio y reinención en que se encuentra toda realidad humana, por ser una realidad viviente. Y no hay conservación de una realidad viviente sin cambio y transformación.

Las culturas se conservan cambiando, asumiendo, apropiándose de modos y formas culturales nuevas. La apropiación de lo externo puede adoptar una diversidad de estilos, llegando a ser asumida vivencialmente por el grupo étnico. Si dicha apropiación no elimina los valores fundamentales de una cultura, pasa a formar parte de lo propio de esta cultura. Es lo que por ejemplo sucede en los Andes peruanos o en Lamas, donde lo que se conoce como vestimenta tradicional en realidad proviene de los campesinos de Castilla.

Igualmente, existen elementos y aspectos que en el pasado formaron parte de lo propio de una cultura y que a través del tiempo dejaron de ser asumidos vivencialmente por una diversidad de causas. En ese caso, se trata de elementos que un pueblo ya no vive ni asume como suyos. Han dejado de formar parte de su identidad cultural.

Discrepamos de la posición de aquellos intelectuales que se acercan a estudiar las culturas tradicionales con el interés de que permanezcan estáticas, imponiendo la conservación de sus tradiciones y de su pasado.

Nosotros consideramos que no tenemos derecho a imponerle a ningún grupo cultural un repliegue forzado, no espontáneo, a una etapa anterior. No confundamos un repliegue impuesto al pasado con la revalorización de la memoria colectiva de un pueblo.

La memoria colectiva es importante en las sociedades de fuerte tradición oral, y no sólo en ellas, como elemento de unificación y cohesión del grupo cultural, pero no ha de ser “santificada” o identificada con lo permanentemente “propio” del grupo.

Lo “propio” es una realidad, repetimos, heterogénea, con una diversidad de orígenes. Intentar conservar o preservar el pasado, las tradiciones, a costa de negarse a aceptar que toda cultura, en tanto realidad viviente, se encuentra en un constante proceso de transformación, cambio y apertura, es una actitud forzada que priva a la cultura de su dimensión vital.

Conservar, para ciertos investigadores, es finalmente congelar, momificar, colocar los aspectos específicos de un grupo humano en el escenario de un museo para el deleite intelectual.

Conservar es para nosotros, en cambio, contribuir a la afirmación del yo colectivo del grupo, afirmando su tendencia al cambio y a la reinención constante de sus formas de expresión. Decimos esto porque tenemos la convicción de que no existe la posibilidad de conservar algo en vida negando su transformación, cambio y recreación continuos.

Además, cabe resaltar otro aspecto de la vitalidad de los grupos culturales y es la presencia de las fuerzas de *entropía*. Estas fuerzas, según Balandier, son aquellos impulsos destructivos que todo organismo lleva en sí mismo, fruto del continuo desgaste de los mecanismos que lo mantienen vivo.

Nada vivo se conserva si no se renueva la energía mediante determinados mecanismos de regeneración. Las sociedades también desarrollan mecanismos de defensa y regeneración capaces de retroalimentar y sostener el equilibrio del grupo cultural.

Este es el caso de muchas festividades, rituales (iniciación, pasaje, purificación) y mitos, que constantemente el grupo reformula de acuerdo a los acontecimientos que vive. Un ejemplo son las sucesivas versiones del mito del Inkari, desde la Colonia hasta el presente.

La relación entre las culturas

Llamamos *aculturación* a todo tipo de fenómenos de interacción que resultan del contacto de dos culturas.

En general, los estudios sobre la aculturación han descrito situaciones de dominación colonial y comportan dos características complementarias, primero, la heterogeneidad de las culturas en cuestión y segundo, la dominación de una cultura sobre la otra. La extrema complejidad de los procesos y de los resultados nos pone frente a un sinnúmero de situaciones y reacciones diferentes. Sin embargo, analizando y comparando estas diferentes situaciones es posible elaborar una distinción fundamental.

Podemos decir que los fenómenos de aculturación se reparten entre los dos extremos de la *integración* y la *asimilación* de acuerdo a la terminología de Nathan Wachtel.

En el primer caso, la cultura indígena integra los elementos foráneos sin perder sus caracteres originales, más bien organizando estos elementos según los modelos y valores autóctonos.

Un ejemplo es la utilización de deslizadores, camionetas y aparatos de radio por grupos que mantienen una fuerte identidad como los Aguaruna. De esta forma, la cultura hace propios elementos externos y sus actores sociales se identifican con ellos, sin eliminar sus valores fundamentales.

El polo opuesto es presentado por la *asimilación*. En este caso la adopción de los elementos foráneos va acompañada de la eliminación de los valores fundamentales de las tradiciones propias dejándose absorber el grupo por los modelos y valores de la sociedad dominante.

Al término de este proceso, la identidad étnica se disuelve en las variantes de la cultura dominante. La asimilación significa en general una total negación de los valores propios. La identidad adquirida no tiene raíces ni tradición, sino que se queda como un reflejo, una borrosa imitación del nuevo modelo adoptado.

Los diversos tipos de relaciones entre culturas se configuran según el grado de *autoestima* que cada grupo tiene de sí mismo.

a. La *subestimación* colectiva de un grupo cultural conduce con frecuencia a actitudes de sometimiento y sumisión que acaban por hacerlo depender de otros grupos para intentar conseguir la satisfacción de sus necesidades básicas. Por otro

lado, se borran los elementos propios, sin integrar verdaderamente lo nuevo. En este caso, la asimilación autoeliminadora es una especie de suicidio cultural, que es el peligro más fuerte que origina la subestimación de un pueblo.

El caso extremo de este fenómeno dentro de la Selva amazónica son aquellos nativos, descendientes de nacionalidades fuertes en el pasado, que actualmente habitan en los pueblos jóvenes de las grandes ciudades de la Amazonía e intentan ocultar su idioma, sus apellidos y todas sus manifestaciones culturales.

La aculturación puede representar un tránsito de la asimilación a la integración. En efecto, asumir rasgos exteriores de la cultura dominante, reinterpretados desde experiencias tradicionales, indica el esfuerzo para recomponer la unidad en la concepción del mundo, puesta en crisis por la violenta irrupción de la cultura envolvente, con sus portadores y sus productos. Los nativos suelen apelar a su propia lógica para poder comprender el verdadero origen de estos elementos foráneos.

Entre los Asháninka existe el mito de que las escopetas, los cartuchos, los motores, etc., son producidos por el Inca, atrapado por los blancos en Lima. Un día esto se revertirá y el Inca regresará al río Tambo, haciendo que los Asháninka sean dueños de los productos occidentales, en realidad destinados a ellos. En gran parte de la Selva existe la creencia en un barco fantasmal, cargado de estos bienes, cuya llegada los nativos aún esperan.

b. Una situación diferente que aparece en las relaciones entre las culturas es la *sobre-estima* de un grupo cultural, que lo encierra sobre sí mismo. Esto impide la percepción de los valores culturales de los grupos externos y la reinención creativa de la propia identidad cultural. En otras palabras, conduce a una vanidad cultural paralizante, que en términos técnicos se denomina *etnocentrismo*.

Cuando un grupo cultural cae en el etnocentrismo, asume actitudes de *intolerancia* que impiden el establecimiento de vasos comunicantes con el mundo exterior, intolerancia que se refleja en actitudes impositivas, de avasallamiento de lo que es diferente, sustituyendo la posibilidad de diálogo por el conflicto cultural.

Tenemos el caso de muchos maestros que en lugar de procurar conocer y entender la cultura de la población con la que trabajan, se encuentran en una serie de conflictos al pretender imponer sus propios valores y conocimientos.

c. En cambio, el logro de una autoestima equilibrada a nivel grupal e individual, consiste en valorarse a uno mismo, acoger lo propio con aprecio y, al mismo tiempo, engendrar en uno mismo una actitud de apertura a lo externo que es la condición de la comunicación intercultural.

Dicha apertura permitirá valorar también lo ajeno y esta valoración permitirá incorporarlo, integrándolo y no asimilándose a él, recreándolo y reinventando así la cultura propia. De esta manera se le abre la posibilidad a un grupo cultural de seguir viviendo, sin anquilosarse en el culto al pasado ni eliminarse a sí mismo en la negación de lo propio.

El logro de una autoestima equilibrada no es algo que se pueda dar por adquirido permanentemente. Sólo existe en la medida que se renueva y se reinventa en actitudes y en la interacción social. Presupone el manejo de una auto-imagen que genere sentimiento de seguridad en uno mismo, en las propias convicciones, lo que no significa aferrarse permanentemente a ellas.

Aferrarse a las convicciones y valores propios traduce tal vez un comportamiento dogmático que actúa como un mecanismo de defensa, fruto de una seguridad personal y colectiva permanentemente ilusoria, puesto que impide la comunicación. Es lo que sucede con los movimientos fundamentalistas religiosos y políticos.

La seguridad interna, tanto a nivel de la psiquis individual como de la psiquis colectiva, presupone una reconciliación con el pasado. En otras palabras, involucra una relación que no es ni de negación ni de nostalgia, sino de afirmación del yo individual y colectivo del grupo cultural.

Sólo sobre esta base es posible establecer relaciones comunicativas horizontales en las que no se trata de intercambiar ideas o valores como quien intercambia productos. Es preciso, para lograr la comunicación, no mirar lo externo como valor de cambio, sino como valioso por sí mismo. La comunicación no es una relación de intercambio, sino un encuentro gratuito e incondicional.

El sentimiento de auto-valoración individual y colectiva es el que hace posible la aceptación de lo propio y de lo diferente como valioso y permite desarrollar una dosis madura de tolerancia frente a la frustración que conlleva todo proceso de socialización. Se aprende a aceptar que las personas actúan según sus propias motivaciones y no según nuestras expectativas; se acepta que las otras personas no sean como se desea, sino como realmente son.